

SOLÓRZANO

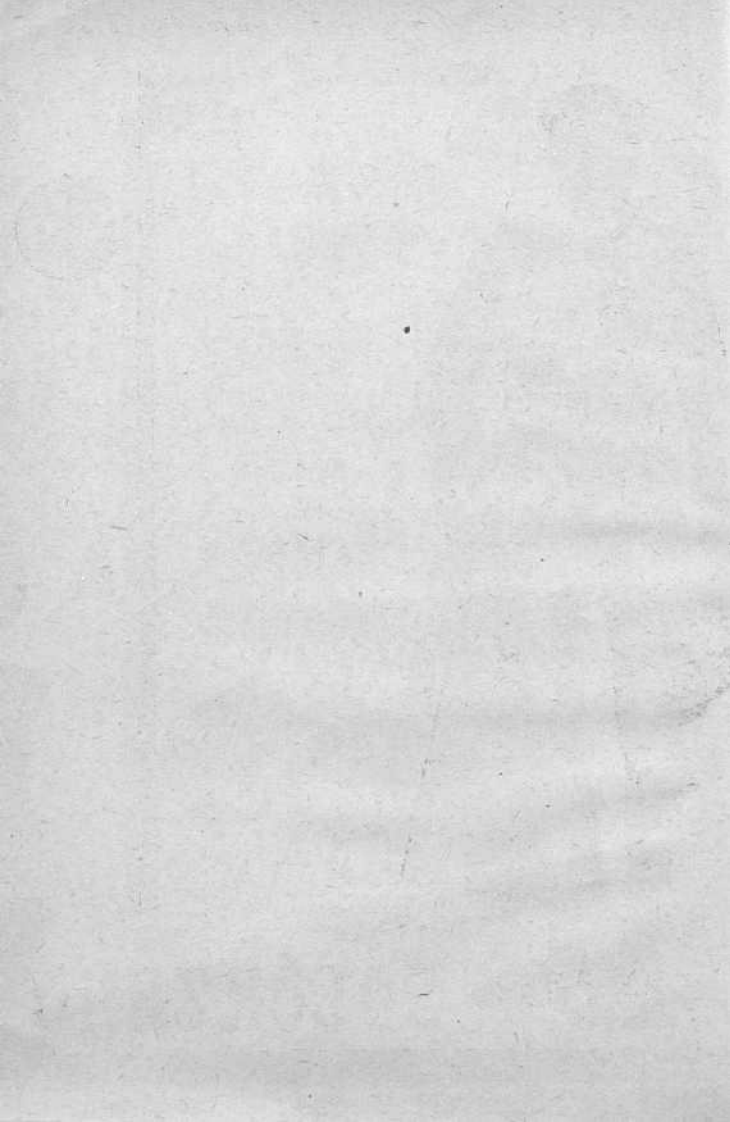
LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



Núm.
16

30
cts.

SOLÓRZANO



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería - Calle Barbará, 16

75 1. 218

Jesús Solórzano

≡ Dábalos ≡

(El torero de los éxitos)

Por _____

ANTONIO ORTS-RAMOS

(El de Reserva)





BIBLIOTECA PÚBLICA

ALFONSO GARCÍA - BARRAL

ALFONSO GARCÍA - BARRAL

AL LECTOR

Difícil y expuesta es esta tarea de biografiar, que yo emprendo hoy por primera vez. Difícil, porque hay que sujetar la imaginación de por sí huidiza, y expuesta, porque es fácil caer en error en la cita de una fecha, en la fijación de un episodio, en la transcripción de una anécdota. Creo haber salvado ambas dificultades, ateniéndome a la veracidad de la palabra viva del biografiado.

Dada la modestia y exigüedad del presente trabajo, he tratado, a medida de mis fuerzas, de concretar sin cortar y comentar sin inflar. Los datos, fechas y episodios que en este folleto recojo, son los mismos que pudiera tener un libro de trescientas páginas, puesto que ellos componen todo el acervo biográfico de Jesús Solórzano Dábalos, hasta hoy. No he omitido nada, ni nada he atenuado. Y, con la misma parquieza que a mí me lo contó el "Torero de los éxitos", te lo cuento yo a ti, lector aficionado.

El Autor.

Los Solórzano se establecen en Morelia

Regía los destinos de Méjico el muy noble y caballeroso señor don Antonio Mendoza, cuando los Solórzano, Videgaray, Dábalos, Osegui, Itúrbida—de los que descendía el emperador del mismo apellido—y otras familias españolas de rancio abolengo vasco llegaron a Michoacan, a colonizar aquellas tierras, por indicación expresa del virrey de Nueva España, que, enamorado del valle de Guyarigasco, puso los cimientos de la Valladolid de los tiempos de la colonia, llamada así por el gran parecido del paisaje adonde está asentada la actual Morelia, con el que enmarca a la Valladolid castellana.

Cuatrocientos años largos han pasado desde entonces y los Solórzano, Videgaray, Osegui, Macuret, Itúrbide de hoy, siguen acusando las mismas características de su raza vasca, trasplantada a América por sus antecesores, tan ilustres como inquietos y aventureros. Y fuera de que el tradicional "caserío" se transformó allí en "rancho", y los ejercicios de fuerza y tenicidad, comunes a los vascos, en los de destreza y habilidad, extendidísimos entre sus descendientes, siguen siendo tan vascos los que fundaron Morelia,

como los que hoy conservan el tipo puro de su raza y la hombría y grandeza de su estirpe.

Nadie, pues, se atrevería a otorgarle al biografiado otra patria que la de su sobriedad, su talla alta y aventajada, sus ademanes y gestos limitados, su hablar premioso y poco elocuente, su decisión y cierta torpeza atávica al hablar el castellano, ponen de relieve. Jesús Solórzano es, por lo tanto, un vasco, hijo de vascos que llevan cuatrocientos años naciendo en Méjico, sin dejar de ser por esto, muy mejicano.

Hasta aquí, guiado por el factor espiritual, le he dado al lector una sucinta idea de la gesta substancial de este torero "grande", que ya los públicos llaman el "Torero de los éxitos". Voy a continuación, no sin antes haberle pedido perdón al lector por esta desviación histórico-colonial, a ceñirme únicamente a la realidad de sus datos biográficos.

Nace "Chucho" (!), hace diabluras y estudia

Todavía reinaba en Méjico el patriarcado déspota y cruel de don Porfirio Díaz, cuando Jesús Solórzano Dábalos se asomó a este mundo, en Morelia, Estado de Michoacan, el



Debut en Madrid

diez de enero de mil novecientos ocho, dispuesto, según se ha visto, a armar el escándalo en el taurino.

No le venía de casta, como al galgo; pero si sus padres, don Jesús Solórzano Pliego y doña Felisa Dábalos, andaban un poco preocupados y hasta un si es no es desconcertados, por las aficiones inauditamente temerarias de su querido retoño. No había para menos. Pues, cuando apenas había cumplido los tres años, ya Jesús se agarraba a la

cola de los caballos que montaba su padre, exigiendo a su progenitor, con llantos y rabietas, que lo llevara con él a visitar las haciendas de que era propietario el rico agricultor don Jesús.

Su madre, doña Felisa, valiéndose de promesas y caricias, a duras penas podía separar las manitas de "Chucho", fuertemente agarradas a la cola del caballo, mientras su padre, aprovechando la intervención maternal, picaba espuelas y desaparecía entre la feraz vegetación del valle de Guyangareo.

"Chucho" lloraba un rato, pataleaba y se comía la tierra a puñados—lo mismo que hizo cuando lo enganchó el de Saltillo en Barcelona, el 24 de agosto—hasta que descubría en uno de los rincones de su casa a "Tula", enorme perra-lobo que, no obstante ser de condición dócil, algunas veces usaba de sus dientes para tener a raya al futuro matador de toros. Pero como éste no la temía, se enzarzaban perra y niño a dentelladas y corrones, dándole las grandes sustos a doña Felisa, que siempre tenía que intervenir para auxiliar a su querido hijo y separar aquellas dos fieras.

Después de estas refriegas, se pasaba algunos días enemistado con la perra, pero los aprovechaba para hacer las paces con un gato de Angora, llamado "Kit", a quien le tenía una gran ojeriza, por lo estúpidamente

efluvanecido que parecía estar de su cola enroscada y de su abundante pelo. Y arrancárselo, y desenroscarle la cola eran las ocupaciones de "Chucho", mientras el gato lo permitía, que eran pocas veces y en contadas ocasiones.

Al cumplir los cinco años, y comprobada su vocación por las faenas del campo, su padre, para darle algún descanso a su señora esposa doña Felisa, llevábaselo todos los días con él a visitar las haciendas de su propiedad.

A los ocho era ya un buen jinete, que lazaba potrillos, "charreaba"—acosar y derribar—con el beneplácito de don Jesús, que se le caía la baba de tener un hijo tan decidido y audaz. Pero como a más de decidido y audaz debía ser una persona ilustrada y decente, como era tradicional en los Solórzano, resolvieron sus padres mandarlo a Méjico, al pensionado de los Hermanos de La Salle, para que cursara el bachillerato que, a los quince, había ya aprobado.

Este período de la vida de Solórzano es árido y poco pintoresco, sin otro interés que el que se desprende del hecho que, a los dieciséis años, había ingresado en la Escuela de Leyes y aprobado dos cursos, preparándose para la carrera diplomática, que debía seguir.

Una de las revoluciones de Méjico, terminó con la tradicional fortuna de los Solórzano

Hasta el año mil novecientos diecisiete, tuvo suerte la familia Solórzano. Nadie, en tierras de su propiedad, había dado una voz subversiva. Seguían los indios contentos de sus amos, que no escatimaban ni jornales ni mejoras, para que el bienestar de sus colonos fuese el lazo que los sujetase a sus fincas.

Peró la ola redentorista que bajaba de los Estados del Norte arrollándolo todo, arrastró hasta Michoacan la semilla revolucionaria y, en aquel Estado, como en todos los de Méjico, dado lo abonado del terreno, prendió en pocos días. En muchos menos el ejército revolucionario arrasó con toda la riqueza agrícola de Morelia y, aplicando uno de los temas de la Revolución, se repartieron las tierras y arruinaron infinidad de familias. Entre ellas, la de los Solórzano, que, sin perder el rango que con esfuerzos y conducta intachable habían mantenido desde el siglo XVI, siguieron viviendo con decoro, aunque modesta y pobrementé.

Jesús, el "Torero de los éxitos", siguió estudiando hasta los diecisiete años, edad en que se dió cuenta que necesitaba trabajar



Solórzano banderillero estupendo.

para no ser gravoso a su familia. Entonces entró como empleado en la Secretaría de Comunicaciones de su país—lo que nosotros llamamos Dirección General de Comunicaciones—, en donde estuvo hasta que decidió dedicarse al toreo, llenando expedientes y leyendo todo lo de toros que caía en sus manos, que era mucho más que lo que sus ocios le permitían leer.

A todo esto, no había tenido aún ocasión de ver lidiar toros, y ésta se le presentó en la temporada de mil novecientos veinticinco al veintiséis, corrida en la que debutó Chicuelo en Méjico, y quedó tan hondamente influenciado, que sus jefes notaron que el trabajo del empleado Jesús Solórzano dejaba mucho que desear.

Jesús Solórzano y yo, aficionados a los toros

—Sí, señor; fui chicuelista acérrimo—díceme Solórzano, arrellanándose cómodamente en el señorial sillón donde está sentado frente a mí—hasta que vi torear al Niño de la Palma. Y, entonces, cuando mi condición de aficionado a secas me permitía dar mi opinión libremente, rompí más de una lanza en favor de Cayetano Ordóñez.

—A mí me sigue gustando mucho Chicuelo—le digo—; pero esa firmeza inteligente del Niño de la Palma delante de los toros, me da la impresión del hombre que sabe lo que espone, cómo y por que lo espone.

—Sí—afirma Solórzano—; son dos toreros distintos, que los dos pueden gustar a un mismo aficionado. Inteligente, desde luego—subraya riendo.

—Para mí, Chicuelo, a quien no he tenido el gusto de verle una tarde completa, es un torero grande, como Márquez, Lalanda, Barrera, Niño de la Palma y... usted, aunque el elogio le moleste.

—Pues, una tarde de esas que usted llama completas fué la que decidió mi chicuelismo. Lo de aquella tarde yo no lo he vuelto a ver, y probablemente no lo veré más. Fueron treinta y seis pases con la izquierda los que le dió al toro "Dentista", de la vacada de San Mateo. ¡Grandioso!—exclama Solórzano entusiasmado —. ¡Grandioso! — repite—y ejemplar. Entonces me di cuenta de lo que se le puede hacer a un toro cuando se le sabe torear.

—Usted es de esos, Solórzano, de los que saben torear y, por lo tanto, puede lograr una faena como la que tanto le entusiasmó cuando era aficionado a secas.

—Sí. Pero el arte de los toros es más para visto que para ejecutado. Esto, que quizá le

parezca algo confuso, tiene su explicación en que yo sigo siendo un gran aficionado a ver torear y en que, como el toro es un animal nervioso y de empuje, estando cerca de él, la suavidad y temple al pasar, que desde el tendido se observa tan bien, el que torea no se da cuenta exactamente de ello, y, por ende, no disfruta tanto del espectáculo.

—Veo, Solórzano, que especula usted con “eso” de los toros.

—No precisamente especulación, que quizá lo sea; pero como me molesta el vocablo, y hay, además, una de uso taurino que expresa mejor esta curiosidad mía por todo lo que se refiere a los toros, prefiero emplear éste a aquél. Lo mío es sencillamente que trato que el toreo “se me meta en la cabeza”.

—Y eso que lo ha logrado usted, Jesús.

—Hombre... pues, ¡quién sabe, Señor! como dicen los peladitos de mi tierra.

—Y el toro de aquí, ¿qué le parece?

—Como aficionado y como torero me parece que empuja más y que tiene más nervio que el de allá y que, como las extensiones de terreno que ocupan las ganaderías en España son mucho menores que las de Méjico, aquí se puede seguir mucho mejor y con más eficacia el crecimiento del toro de lidia.

Solórzano abandona el juego de polo para dedicarse a los toros

—Todos, todos los deportes me gustan. Preferí el polo, por haber adquirido la costumbre de montar a caballo desde niño, en los “ranchos” y haciendas de mi padre.

—El Algabeño, creo que también juega.

—Sí, por cierto. Y él decidió mi vocación al toreo.

—¡Hombre! ¡Es curioso! ¡Cuente, cuente! —aprémiole contento del hallazgo.

—Pues, verá. Como, gracias a mi trabajo, no tuve necesidad de molestar a nadie después de nuestra ruina, seguí siendo amigo de quienes lo había sido siempre, y cultivando, como es natural, los deportes que siempre, también, había practicado. Jugaba al polo, pues. Y en un partido conocí a Algabeño. Nos hicimos amigos. Intimamos. Y, un día, después de un partido, le dije: “Oye, José, necesito que me des una muleta.—Para qué la quieres?—me preguntó.—Para torear—le contesté resuelto.—Pues, ven mañana a la Plaza El Toreo, donde yo he de rejonear, para practicar, un toro sobrero de Atenco, y tú lo matarás.” Y al Toreo me fuí al día siguiente y maté al de Atenco, no muy mal, puesto que los ganaderos y aficionados

que lo presenciaban, me felicitaron entusiasmados. Desde aquel día empecé a asistir con regularidad a todas las encerronas y festivales taurinos, sin pensar en otra cosa que en ser torero.

*Solórzano viste por primera vez el traje de
luces*

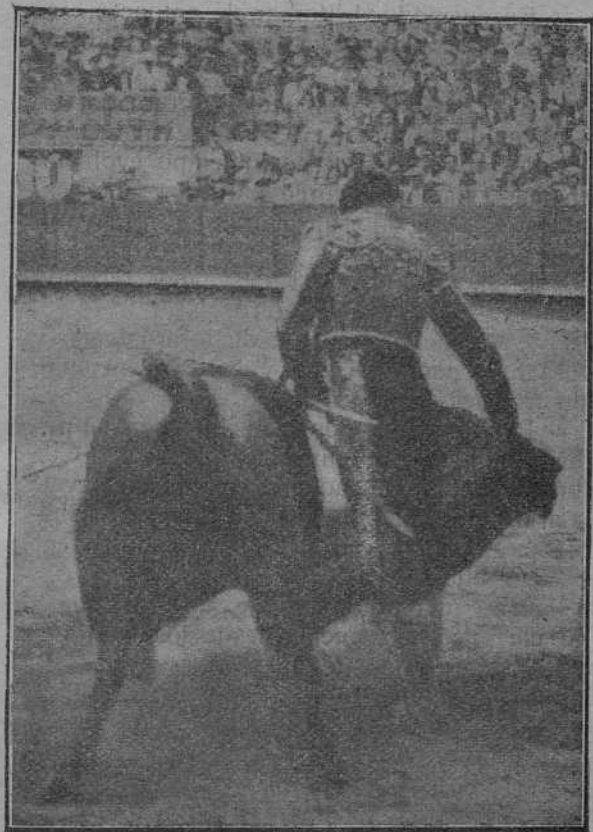
—Y aunque me puse algo nervioso cuando mis amigos me dieron la noticia de que habían logrado que me incluyeran en el cartel de una novillada que debía celebrarse en Acombal, como matador, no cabía en mí de alegría, y hasta me parece que cuando hablaba con mis conocidos, se me escapó alguna vez aquello de “nosotros, los toreros” contándome ya entre ellos yo, que no había toreado en público y que no sabía si podría.

—Muy humano y, por lo tanto, disculpable.

—Desde luego — asienta Solórzano comprensivo.

—¿Y por fin, vistió el traje de luces en...?

—Acambal, el 9 de mayo de 1927. Y un mes más tarde, o sea, el 27 de junio del mismo año, debutaba en la plaza de El Toreo de Méjico, siendo la segunda vez que vestía el traje de torear.



Solórzano en el primer foro de su debut en Barcelona,

—En su modo de torear de entonces, ¿se descubriría ya ese estilo que posee usted tan personal?

—¡No, qué va!—responde el torero riendo.
—Mi modo de torear era basto y vulgar.

—¿Y cómo en tan poco tiempo evolucionó usted hacia ese toreo parado y mandón, sobrio e inteligente, que le permite armar un alboroto por **corrida**?

—Fijándome mucho y deseando con toda voluntad ser un buen torero.

—¿Así que pasó usted de torero basto y vulgar, a personalísimo y casi excepcional, sin transiciones?

—Por lo menos, poco sensibles para el público. Mi carrera taurina empieza el 30 de junio de 1929. En aquella corrida me revelé y armé el escándalo que hasta entonces había pugnado por armar, sin conseguirlo.

—¿Y ello fué que...?

—Hice una faena grande, de esas que a mí me gusta presenciar desde los tendidos.

—Y ejecutarlas, según se ve...

—¡Claro que sí!

Solórzano toma la alternativa

—¿Fuma?—le pregunto, ofreciéndole un cigarrillo.

—No, gracias.

—¿Y cómo quedó lo de la revelación?

—¡Ah! pues nada. Que la prensa taurina echó las campanas al vuelo proclamando que yo era un torero cuajado y, por lo tanto, había que doctorarme.

—¿Y le aprobaron a usted el tema del doctorado?

—Hombre, como en los cursos taurinos cambian tanto las asignaturas, y a veces cree uno que está empapado en geometría, por ejemplo, y resulta luego que no se sabe ni trazar la fácil recta del estoconazo, se me aprobó, desde luego, pero no con el entusiasmo que yo creía.

—¿De qué ganadería era el toro?

—De Piedras Negras.

—¿Nombre?

—“Cubano”.

—¿Número?

—Treinta y cinco.

—¿Quién se la confirió?

—Félix Rodríguez.

—¿Fecha?

—El quince de diciembre de mil novecientos veintinueve.

Un paréntesis imprescindible

Habrán notado el lector, si ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí, la gran modestia que revelan las declaraciones que Solórzano hace en esta entrevista.

Este muchacho, que ya los públicos de España llaman el "Torero de los éxitos", por haber salido a uno por actuación, que en unas cuantas corridas que lleva celebradas aquí, se ha colocado en primera fila; que la empresa de la plaza de toros de Sevilla lo contrata por mil setecientas cincuenta pesetas y a la tercera actuación en el coso sevillano le pagan seis mil quinientas; que la de la plaza de toros de Barcelona, repite lo de la de Sevilla, pagándole por la primera cuatro mil, seis mil por la segunda y nueve mil por la



La hora de la verdad frente a un Miura

SALOMERO
Foto.

tercera; que todos los revisteros de España, sin excepción, están acordes en que es *gente* como torero, y en que más de un ídolo de la tauromaquia actual se vendrá abajo, por el tirón del arte de Solórzano, no se jacta ni siquiera de ser buen torero.

De ello se deduce, o que su concepción del toreo es algo muy elevado, o que cree que el torero, toreando bien, no hace más que cumplir con su deber. Yo creo esto último, tanto por el origen vasco de Solórzano, como por la honradez que durante su permanencia en la plaza pone en todas las suertes que ejecuta.

El Santo de espaldas

—¿Ha tenido usted alguna tarde mala?—
interrogo a Solórzano, escudando en una sonrisa lo indiscreto de la pregunta.

—¿Una? Muchas — me contesta riendo francamente el gran torero.

—¡Caray, pues es raro!

—¿Qué es lo que le parece a usted raro?

—La naturalidad con que cuenta usted sus fracasos.

—Porque míos son, como los éxitos que los demás se encargan de contar.

—Eso se llama ecuanimidad.

—No sé; pero, créame, yo confío muy poco en los toreros que nunca han tenido una mala tarde.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que torea poco.

—Bien; cuénteme algún fracaso de su vida taurina.

—Le advierto a usted que éste que le voy a contar es como para no torear más.

—¡Pero, hombre, Solórzano, qué me dice usted!

—Sí, señor; *como para no torear más*—repítelo, silabeando.

—Pues, ¿qué pasó?

—¡Nada! Figúrese que tres días antes de tomar la alternativa, y después de haber ganado la oreja de plata que en Méjico se discute entre los novilleros adelantados, fuí contratado para torear en un pueblo llamado La Barca, durante los días 10, 11 y 12 de diciembre, en que dicha población celebra sus ferias anuales. Pues, de las tres fechas, hubieron de cancelarme una, porque en la primera corrida me echaron un toro vivo al corral, y en la segunda... ¡dos!

Anécdotas

—No tengo muchas. Apenas un par de ellas. Mi carácter serio y sosegado me contiene, no permitiéndome precipitarme.

—Pero alguna tendrá, sin que usted haya intervenido de un modo directo en ella.

—Sí; pero la única que recuerdo ahora, por ser recientísima, es la siguiente, y no es precisamente mía. En una de las corridas que torré en Sevilla, estaba mi apoderado sentado en una barrera y, junto a él, había dos mujeres guapísimas, ataviadas con mantilla, que desde que salí en el paseíllo empezaron a meterse conmigo, según me dijo Bejarano después. Hecho el despeje, me aproximé a la barrera a saludar a mi apoderado, y oí claramente que una de ellas le decía a la otra: “¡Ay qué monín! No sé por qué me parece que este torerito es un chalao.” Algo molesto por el juicio despectivo que aquellas dos soberanas mujeres habían formado de mí, esperé rabioso la salida del primer toro y, en el primer quite, logré que el público se pusiera en pie. Según Bejarano, las hermosísi-

mas, desde aquel momento, empezaron a caldearse por la emoción y, cuando, al final de la corrida, fuí sacado en hombros, ya no les quedaba nada que arrojarme. Hasta las mantillas. Entonces Bejarano, aprovechando el entusiasmo, les dijo: "Parece que el monín no es un chalao." A lo cual contestaron: "Aquí las únicas chalás somos nosotras, que, de haber durado la corrida media hora más, nos quedamos desnudas."

PIDA el nuevo CATALOGO de
 "BIBLIOTECA FILMS"
 que contiene entre otros éxitos

EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
 colecciones de tarjetas postales • LOS DIEZ
 MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
 ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco cén. para el certificado. Franqueo gratis

La alternativa en España

—¿Sabe, Solórzano, que eso de presentarse como novillero en España ha levantado cierta marejada en su país?—le digo, después de saborear la anécdota que acaba de contarme.

—Sí; y creo que sin fundamento. El mundo taurino no tiene nada que ver con la geografía. Yo puedo ser matador de toros en Méjico y de novillos en España, o viceversa, y tomar la alternativa tantas veces como quiera y pueda. Ahí están los precedentes de Gaona, que la tomó tres veces, y de Freg, que se doctoró cuatro. Esto, que no quiere decir nada contra la afición de Méjico, ni de Caracas, ni de Burdeos, se puede interpretar como se quiera, pero lo cierto es que lo mío sólo ha obedecido a una cortesía que yo he querido tener con el público de España.

—Sí, pero allá en su país, se conoce que lo han tomado a mal.

—No lo crea. Lo que sucede es que cuatro o seis periodistas taurinos ahora, políticos antes, y ahora, antes y después, algo marru-

llos, aprovechan la ocasión de mi alternativa en España para meterse conmigo. Pero los escritores taurinos de mi país de alguna solvencia, saben muy bien que yo he cumplido con mi deber, siguiendo una tradición que todos o casi todos los toreros han respetado.

—¿Y por fin la tomará usted...?

—En Sevilla.

—¿Por las ferias de San Miguel?

—Sí, por las ferias de San Miguel; y luego la confirmaré en Madrid.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a)

BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

A Solórzano no le han calado los toros

—Afortunadamente, aun no me han hecho daño los toros. Claro que algún día llegará —añade resignado.

• —No hay que ser fatalista,— digo para amortiguar la cruda certeza del torero.

—No, si no lo soy. Pero tampoco puedo ni debo pensar que los toros me respetarán.

—Claro, algún accidente, es natural... en profesión tan arriesgada.

—Accidente o cornada—corta mi balbuceo secamente, mientras ríe.

—¿Verdad que sería una felicidad para ustedes, si las cornadas se pudiesen suprimir? —pregúntole, disimulando el humorismo.

—¡Ya lo creo! Pero no para ustedes. Porque desde el momento que los toros no hicieran daño, dejarían de asistir a las corridas, y, nosotros, tendríamos que torear a don Friolera.

—¡Hola! ¿Lee usted a Valle Inclán?

—Sí, algunas veces. Durante los viajes, sobre todo. ¡Se aburre uno tanto!

*Solórzano ama a las mujeres, pero aun no se
ha enamorado de una mujer*

—Debido al ajetreo constante en que anda uno metido durante todo el año, nos es difícil o por lo menos a mí me lo es, fijarnos en una mujer definitivamente. Para enamorarse de una mujer y que ella se enamore de un hombre, a mí me parece que lo primero que se necesita es trato, trato frecuente. Y éste, como usted sabe, no nos es dado practicarlo a nosotros, que estamos un día en una ciudad, dos en otra, y horas únicamente en algunas.

—Pero, a pesar de esas razones, ¿usted querrá a alguna mujer, o por lo menos deseará tratarla para enamorarse?

—A todas las amo, y quisiera tratarlas a todas, para enamorarme de todas...

—¡Hombre! No sea usted acaparador, Solórzano, que yo, aunque ya maduro, también soy hijo de Dios.

—No se aflija, que ya le reservaré algunas.

—En ello confío.

—¡Palabra!

Solórzano, hombre agradecido

—No estaría esta entrevista completa, si yo no le hablara en ella de mi amistad con Antonio Márquez.

—¿Es usted amigo de Márquez?

—Intimo, y admirador rabioso.

—Dos cosas que para mí son muy respetables.

—Y para mí sagradas.

—Es que es un gran torero Márquez.

—Y un hombre cabal.

—Yo no lo he tratado; pero le he visto torear.

—A mí, como torero, me parece una cosa muy seria.

—Y eso que usted no conoce al hombre.

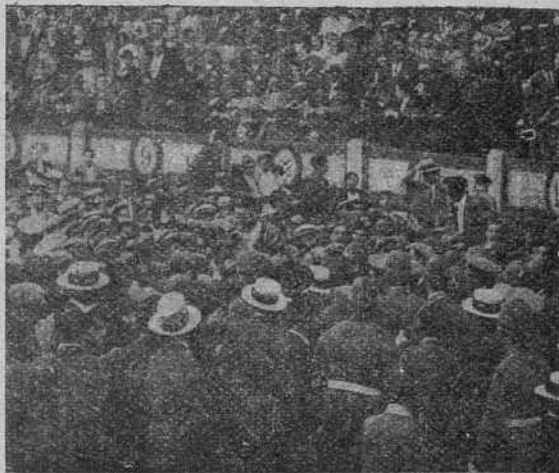
—No. Ya le he dicho que no he tenido el gusto de tratarlo.

—Tan buen amigo es que, por su amistad y su protección decidida vine a España y, una vez en ella, no doy un paso sin su consejo.

—¡Buenos se los dará!

—Y leales.

—Yo le aprecio tanto, que desde que usted



Secado en hombros por sus admiradores de la Corte.

empezó a hacerme preguntas no esperaba otro momento que éste, para hacerlo constar.

—Pues, quedará usted satisfecho, porque lo haré constar por dos razones.

—¿Y son...?

—La primera, para que la afición se entere de cómo dos toreros igualmente famosos pueden ser íntimos amigos; y la segunda para reventar el dicho ese popular que dice: “De desagradecidos está el mundo lleno.”


Telón

Y la cortina corre y vuelve a quedar en su intimidad, ya no tan íntima, Jesús Solórzano, llamado el "Torero de los éxitos", después de haberlo tenido dos horas largas bajo la férula de mi interrogatorio para satisfacer la natural curiosidad de la afición, que, siempre certera, ha descubierto en este diestro un gran torero, que dará días de gloria al arte varonil de lidiar reses bravas.

Barcelona, 2 de septiembre de 1930.

Los Triunfadores del Ruedo

Números publicados

- 
- 1 Manuel Báez "Litri"
 - 2 Juan Anlló "Nacional II"
 - 3 Juan Belmonte García
 - 4 Pablo Lalanda
 - 5 Braulio Lausín "Gitanillo"
 - 6 Nicanor Villalta
 - 7 Valencia II
 - 9 Barajas
 - 10 Sánchez Mejías
 - 11 Antonio Cañero
 - 12 Antonio Márquez
 - 13 Chicuelo
 - 14 Marcial Lalanda
 - 15 Vicente Barrera

Precio: 30 céntimos ejemplar.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707-Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
 Título de la supremacía
 96 PÁGINAS DE TEXTO 96

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN.	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR.	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES.	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA.	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
LA INTRUSA	Gloria Swanson
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	L. La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary Douglas

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

BIBLIOTECA IRIS



YA ESTÁ A LA VENTA
EL ÉXITO LITERARIO

Expendedurías de Carne Humana

(No apta para señoritas)

Novela *inédita* de ful-
minante emoción, del
eminente autor

Alfonso Vidal y Planas

100 páginas de texto selecto

Sugestiva portada a todo color

Precio: UNA PESETA

— PEDIDOS A —

BIBLIOTECA FILMS

Apartado de Correos 707. - Barcelona

BIBLIOTECA IRIS



YA ESTÁ A LA VENTA
AL SEITE INTERNO

Expendedurias de Carne Humana

de la Asociación de...

Nueva edición de la
monografía...

Manejo Vidat y Pielas

Tratado de la...
de la...
de la...

BIBLIOTECA IRIS

Asociación de...

E. 102

50.4

C. U. DERMA...
NICOLAS
S. SEGUNDO, 84-177A

